



PASCUA Tema 1. «Tenéis que nacer de nuevo» (Jn 3, 7). Una vida nueva en Cristo.

Nicodemo, jefe judío y miembro del Sanedrín, acude de noche a entrevistarse con Jesús. Se siente atraído poderosamente por este hombre, pero teme a sus correligionarios. «Rabí, sabemos que has venido de parte de Dios, como maestro; porque **nadie puede hacer los signos que tú haces si Dios no está con él**». Jesús dirá más adelante: «Las obras que Yo hago, esas dan testimonio de Mí» (Jn 5, 36).

Las palabras de Nicodemo esconden una pregunta implícita que podríamos formular así: Vienes de parte de Dios, los signos que haces lo demuestran... Es así, ¿verdad? No me engaño, ¿estoy en lo cierto?

Jesús parece ignorar la pregunta. Su respuesta, en realidad, va más al fondo. «El que no nazca de nuevo no puede ver el reino de Dios». Jesús, que lee los corazones, ve en profundidad la duda del jefe judío. Nicodemo quiere estar seguro de que viene de parte de Dios. Si viene de parte de Dios, entonces es que el reino de Dios ha llegado al mundo. Y, en ese caso, piensa, ¿qué debo hacer para responder adecuadamente a Dios?

¿Qué hemos de hacer para responder a la gracia salvadora que Cristo ha traído al mundo? ¿Qué hemos de hacer para responder a la Resurrección? La respuesta de Jesús es también para nosotros: «Tenéis que nacer de nuevo». Ése es el fruto más genuino de la Pascua: una vida nueva en Cristo.

1. Nacer del agua y del Espíritu (Jn 3, 5)

Nicodemo presenta una objeción: «¿Cómo puede nacer un hombre siendo viejo?». La respuesta de Jesús no ofrece dudas: «El que no nazca **de agua y de Espíritu** no puede entrar en el reino de Dios».

Es evidente que Jesús está hablando de la gracia del Bautismo, por la que nacimos del agua y del Espíritu a una vida nueva. Ciertamente, nuestro Bautismo supuso una revolución y transformación interior sin precedentes. Fuimos **ungidos** con el crisma, **sellados** por Dios, y **consagrados** a Él. Algo consagrado, por ejemplo, un cáliz, ya no puede utilizarse para usos profanos. Nuestros pecados quedaron borrados por la fuerza renovadora de Cristo. «Aquella agua salvadora os sirvió a la vez de sepulcro y de madre» (Catequesis de Jerusalén). Por eso, aunque el Bautismo no produce ningún cambio externo visible en el que se bautiza, produce una transformación radical en su interior. Es una criatura nueva, invadida por el Espíritu Santo, transformada en hijo de Dios, y lleno en sí mismo de la misma vida divina. «Los que os habéis incorporado a Cristo por el bautismo os habéis revestido de Cristo» (Ga 3, 27). «Por el bautismo fuimos sepultados con Él en la muerte, para que (...) así también nosotros vivamos una vida nueva» (Rm 6, 4).

Pero para aquellos de nosotros que fuimos bautizados de niños esta gracia nos resulta lejana en el tiempo. Incluso para aquellos que fueron bautizados siendo adultos, la gracia del Bautismo va alejándose a medida que van pasando los años. La frase «Tenéis que nacer de nuevo» no puede reducirse sólo a la gracia bautismal que recibimos en un momento puntual, sino que el Señor nos la repite permanentemente, en particular cada año al llegar el tiempo de Pascua.

¿Qué es esta fuerza renovadora que nos trae Cristo resucitado? ¿Qué es este actualizarse de la gracia que recibimos un día en el Bautismo? En definitiva, ¿qué significa **nacer de nuevo**?

2. Una nueva participación en la gracia

«Hay un **doble aspecto** en el misterio pascual: por su muerte **nos libera del pecado**, por su Resurrección **nos abre el acceso a una nueva vida**» (Catecismo de la Iglesia Católica, 654).



«Te lo aseguro, tenéis que nacer de nuevo» Jn 3,5a.7b-15

Al tratar de explicar en qué consiste esta vida nueva, el Catecismo comienza por decir que es «**una nueva participación en la gracia**». La gracia nos estaba vedada por el pecado. Ahora, la Resurrección de Cristo nos hace participar de ella de nuevo. Uno de los prefacios de las misas de la Virgen lo dice así: «La gracia que Eva nos arrebató, nos ha sido devuelta en María». ¿Pero qué es la gracia?

Si tuviéramos que poner una imagen o un símil, aunque sea imperfecto, podríamos decir que la gracia es **la misma vida divina**, es esa corriente de vida que se da en Dios, en el seno de la Trinidad. Cristo nos hace una trasfusión de esa vida divina en nuestras venas espirituales. Si lo pensamos bien es algo grandioso. Dios nos da su fortaleza, su misma vida, y así, nos va divinizando poco a poco. Esto podemos verlo muy claro en la vida de los santos. Dios va transformando poco a poco en ellos sus sentimientos, sus modos de pensar, su forma de actuar, sus motivaciones... Se va dando en ellos un proceso de santificación, de divinización (aunque la palabra nos resulte un poco fuerte, la usan los Padres de la Iglesia con mucha frecuencia).

Si un científico lograra introducir rasgos de vida animal en una planta, de tal modo que la planta pudiera moverse o alimentarse como un animal, el descubrimiento científico sería grandioso, sorprendente y una revolución en la investigación. Aquí estamos hablando de algo todavía más grandioso: es introducir vida divina en un ser humano. El salto cualitativo es vertiginoso.

¿Qué implicaciones tiene todo esto? Nos lo dice san Pablo:

«Si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Aspirad a las cosas de arriba, no a las de la tierra. Porque habéis muerto, y vuestra vida está oculta con Cristo en Dios... Despojaos del hombre viejo con sus obras, y revestíos del hombre nuevo, que se va renovando hasta alcanzar un conocimiento perfecto, según la imagen de su Creador, donde no hay griego y judío; circuncisión e incircuncisión; bárbaro, escita, esclavo, libre, sino que Cristo es todo y en todos. Revestíos, pues, como elegidos de Dios, santos y amados, de entrañas de misericordia, de bondad, humildad, mansedumbre, paciencia» (Col 3,1-3. 9-12).

Si la gracia, esta vida divina, va tomando forma en nosotros, entonces eso nos lleva hacia la **santidad**: alejamiento del pecado, de todo apego al yo y adhesión total y estable a Dios. Nuestra forma de actuar ha de cambiar. Se nota en que nos revestimos de entrañas de misericordia, florece en nosotros la caridad, la humildad, la mansedumbre, la paciencia, la

delicadeza con los demás. Lo vemos tan claro en los santos que se han acercado a Dios. El Señor quiere obtener esta gracia también para nosotros en esta Pascua.

«No viváis ya como viven los paganos, según la vaciedad de su mente» (Ef 4, 17). «Toda amargura, ira, cólera, gritos, maledicencia y cualquier clase de maldad, desaparezca de entre vosotros. Sed amables entre vosotros, compasivos, perdonándoos mutuamente como os perdonó Dios en Cristo» (Ef 4, 31-32).

En consecuencia, **la resurrección es misterio de santidad**, de triunfo de la vida sobre la muerte, de lo celestial sobre lo terreno, de lo eterno sobre lo temporal, de lo divino sobre lo humano.

Es también el fundamento de la «perfecta libertad de espíritu», porque se rompen todas las cadenas y esclavitudes. «Por tu santa resurrección, Señor, líbranos», repite la Iglesia.

Tal vez alguno pueda decir con cierta amargura: «¡He vivido ya tantas Pascuas! Y esta transformación no se ha producido». Hemos recibido tantas gracias a través de los sacramentos, la oración, las personas que Dios ha puesto a nuestro lado a lo largo de la vida... Y, sin embargo, ese *nacer de nuevo* parece que se nos resiste.

La gracia de Dios está asegurada. Lo que a veces falla es nuestra forma de recibirla. Y también es verdad que el Señor va preparando paulatinamente el recipiente para verter la gracia. Tiene que ir ensanchando nuestro corazón, preparándolo para que sea «un corazón nuevo», apto para la santidad. No nos desalentemos, Dios es el más interesado en acabar esta obra en nosotros. Lo que se nos pide es eliminar obstáculos, deshacer resistencias interiores, desatascar las tuberías espirituales para que pueda fluir libremente la gracia transformadora de Dios.

### 3. También nosotros resucitaremos

Desde la aurora de Pascua una nueva primavera de esperanza llena el mundo; desde aquel día nuestra resurrección ya ha comenzado, porque la Pascua no marca simplemente un momento de la historia, sino el inicio de una condición nueva: Jesús ha resucitado no porque su recuerdo permanezca vivo en el corazón de sus discípulos, sino porque **Él mismo vive en nosotros** y en Él ya podemos gustar la alegría de la vida eterna.

*La Resurrección de Cristo –y el propio Cristo resucitado– es principio y fuente de nuestra resurrección futura: "Cristo resucitó de entre los muertos como primicias de los que durmieron [...] del mismo modo que en Adán mueren todos, así también todos revivirán en Cristo" (1Co 15, 20-22). En la espera de que esto se realice, Cristo resucitado vive en el corazón de sus fieles. En Él los cristianos "saborean [...] los prodigios del mundo futuro" (Hb 6,5) y su vida es arrastrada por Cristo al seno de la vida divina (cf. Col 3, 1-3) para que ya no vivan para sí los que viven, sino para aquel que murió y resucitó por ellos" (2Co 5, 15). (Catecismo de la Iglesia Católica)*

El mismo san Pablo lo dice con palabras que no dan lugar a duda: «Si el Espíritu del que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros, el que resucitó de entre los muertos a Cristo Jesús **vivificará también vuestros cuerpos mortales, por el mismo Espíritu que habita en vosotros**» (Rm 8, 11).

Como dice la liturgia de estos días, Cristo «resucitando restauró la vida» y «en su gloriosa resurrección hemos resucitado todos» (Prefacios I y II de Pascua). La humanidad, así, ha recibido «la esperanza de la resurrección» (oración colecta del miércoles de la II semana de Pascua). Y el mismo Jesús le dice a Nicodemo en su diálogo nocturno: «**Todo el que cree en el Hijo del hombre tiene vida eterna**» (cf. Jn 3, 15).

Hay dos muertes: la muerte física, que todos padecemos; y la muerte espiritual, que es la condenación y la privación de Dios para siempre, que es sin duda la verdadera muerte. Del mismo modo hay dos vidas: la vida eterna forma parte de nuestra naturaleza. Somos eternos y viviremos para siempre, ya sea salvados en el Cielo, ya sea condenados en el infierno. Pero la Vida eterna en su sentido más profundo es la que nos hará vivir para siempre, gozosos de compartir el Amor de Dios, saciándonos de su semblante, para cuya contemplación fuimos creados.

### 4. Hijos en el Hijo, y hermanos de todos

La vida nueva en Cristo tiene este segundo aspecto, nos introduce ya en la vida eterna. Cuando se bautiza a un niño, el sacerdote pregunta a sus padres en el umbral de la Iglesia. «¿Qué pedís a la Iglesia para este niño?» Y una de las respuestas que se dan es: «La vida eterna».

«En el bautismo cada niño es insertado en una compañía de amigos que no lo abandonará nunca ni en la vida ni en la muerte, porque esta compañía de amigos es la familia de Dios, que lleva en sí **la promesa de eternidad**. Esta compañía de amigos, esta familia de Dios, en la que ahora el niño es insertado, lo acompañará siempre, incluso en los días de sufrimiento, en las noches oscuras de la vida; le brindará consuelo, fortaleza y luz.

Esta compañía brinda al niño consuelo y fortaleza, el amor de Dios incluso en el umbral de la muerte, en el valle oscuro de la muerte. Le dará amistad, le dará vida. Y esta compañía, siempre fiable, no desaparecerá nunca. Ninguno de nosotros sabe lo que sucederá en el mundo, en Europa, en los próximos cincuenta, sesenta o setenta años. Pero de una cosa estamos seguros: la familia de Dios siempre estará presente y los que pertenecen a esta familia nunca estarán solos, tendrán siempre la amistad segura de **Aquel que es la vida**.

Esta familia de Dios, esta compañía de amigos es eterna, porque es comunión con Aquel que ha vencido la muerte, que tiene en sus manos **las llaves de la vida**. Estar en la compañía, en la familia de Dios, significa estar en comunión con Cristo, que es vida y da amor eterno más allá de la muerte».

Benedicto XVI (8 de enero de 2006)

Esta nueva vida en Cristo nos hace hijos de Dios y hermanos entre nosotros.

«Los hombres se convierten en hermanos de Cristo, como Jesús mismo llama a sus discípulos después de su Resurrección: "Id, avisad a mis hermanos" (Mt 28, 10; Jn 20, 17). Hermanos no por naturaleza, sino por don de la gracia, porque esta filiación adoptiva confiere una participación real en la vida del Hijo único, la que ha revelado plenamente en su Resurrección» (Catecismo, 654).

La vida nueva en Cristo nos invita a una nueva forma de relacionarnos con los hombres que nos rodean, que dejan de ser enemigos u obstáculos para nuestra vida, para convertirse en hermanos a los que amamos y a los que queremos salvar y meter en el Cielo. Lo que el pecado estropeó –«La mujer que me diste me dio del fruto y comí»–, ahora es restaurado por Cristo. Por eso, una de las manifestaciones más claras de ese nacer de nuevo que nos trae la Resurrección de Cristo es este cambio en nuestra forma de tratar a los demás.

La Resurrección nos libera de las ataduras de nuestro egoísmo y nuestro amor propio, que no nos deja avanzar ni crecer. «Desatadlo y dejadlo andar» (Jn 11, 44), dijo una vez el Señor refiriéndose a Lázaro, que salía del sepulcro atado por las vendas con que le habían amortajado.